

MICHEL BATAILLE

EL FUEGO DEL CIELO



Lo que Michel Bataille nos revela acerca de las extrañas relaciones de Gilles de Rais y Juana de Arco –los misteriosos lazos que unieron a aquellos dos seres, aparentemente tan dispares–, así como la evocación de las últimas horas del condenado, son dignas de la paleta de un gran pintor de la Historia. Hay imágenes inolvidables. El autor nos permite asistir a la aventura de Gilles a través de la visión de un famoso director de cine. Y este primer plano actual es el que da aún más relieve al otro, al puramente histórico.

A Jean-Luc Perrot,

No hay nadie en el mundo que sepa o que pueda comprender todo lo que yo he hecho en mi vida. No hay nadie, en la tierra, que pueda hacer otro tanto.

Gilles de Rais

NOTA

Pensándolo bien, no me ha parecido oportuno hacer figurar una biografía al principio de este libro; al fin y al cabo, es una novela.

Sin embargo, tratándose de Gilles de Rais, no hubiera sido conveniente no respetar lo que se conoce en realidad.

He dedicado muchos meses a tomar notas precisas, principalmente en la Biblioteca Nacional, de casi todas las obras que se refieren a él.

Doy aquí las gracias a Mademoiselle Regine Pernoud, que me ha orientado al iniciar esta investigación.

Doy las gracias a los autores de los libros consultados, cuyas teorías, siempre interesantes, son a menudo contradictorias, lo que es natural. Detrás de las fuentes poco abundantes –incluso se desconoce la fecha de nacimiento de un hombre tan importante– se levantan los resplandores de hechos vergonzosos que no pueden dejar impasible...

Por falta de textos, a veces he tenido que elegir. Por ejemplo, muchos autores sitúan la muerte de la madre de Gilles de Rais, al mismo tiempo que su padre, en 1415.

Otros, en igual número, entre ellos el Padre Bossard, considerado en general como el historiador más seguro, dicen que al quedarse viuda volvió a casarse en seguida.

En la apreciación del psicoanálisis, esta última versión tiene un sentido diferente, y hubiera llevado con más se-

guridad a la amargura y a la rareza, el carácter de este hijo, muy viril, a quien no gustaron las mujeres.

Del mismo modo, si el Padre Bossard y otros ven morir sucesivamente dos novias de Gilles, mientras que ciertos autores dan, por el contrario, precisiones posteriores sobre sus vidas, ¿no parece de acuerdo con esta adolescencia desconocida, en la que el destino de Gilles de Rais recibió, en la sombra, discretas y terribles huellas?

1

M.B.

Un soplo de aire caliente barre la larga fachada encristalada del nuevo aeropuerto de Orly.

Entre el creciente zumbido de sus reactores, un gran avión transoceánico se pone lentamente en marcha en la explanada de asfalto. Enorme, pesado, majestuoso, se aleja en dirección a las pistas de despegue.

Tal vez detrás de un ojo de buey se mueve una mano en señal de adiós. No se la ve. Todo está ya demasiado lejos.

Por el otro lado del edificio, Antoine Alboni abandona el aeropuerto. Es un hombre elegante, de unos cuarenta y cinco años. Las puertas de vidrio, dirigidas electrónicamente, se abren delante de él, y se encamina hacia el aparcamiento a buscar su coche, un cabriolé de *sport* negro.

Es una tarde de verano, a la hora de la puesta del sol. La temperatura es agradable y tiene uno la sensación de que el momento es propicio a las aventuras.

Antoine maniobra el coche y sale hacia París. En la autopista, la brisa que acaba de levantarse le lleva el lejano y sostenido silbido de los motores a reacción. Mirando por la ventanilla de la derecha, Antoine ve un gran avión que acaba de despegar y que, alzando su morro hacia el cielo en un acentuado ángulo ascendente, pica hacia el crepúsculo en un impulso preciso, rápido y decisivo.

Después desaparece. ¿Será el avión de Roma que habrá despegado ya?

Antoine conduce despacio. En la pista opuesta desfilan coches arrastrando canoas sobre remolques, o llevando sobre el techo esquifes y muebles de jardín. Es a finales de julio. Mucha gente sale ya de vacaciones.

Por la parte de la Puerta de Orleans se ve poca gente en las calles. Todo está tranquilo. Un vasto cielo de fuego, anaranjado como en los crepúsculos de África, se extiende por encima de los tejados grises.

En la cartelera de un cine de barrio, Antoine ve los anuncios de una de sus propias películas, de varios años atrás. Ni siquiera sabía que volvían a reponerla.

Sonríe y se detiene en un estanco^[1].

Está bebiendo un café, de pie ante la barra, cuando una recia mano se posa en su brazo.

Antoine levanta los ojos y ve a un vagabundo que se le ha acercado, lo mira a la cara con fijeza y le dice secamente:

–¿He hecho la campaña de Italia contigo?

–No es probable. Yo no estuve allí.

–Montecassino.

–Lo siento.

–¿No te lamas Langlais?

–No lo creo.

Los párpados del intruso se cierran a medias, mientras que sus pupilas achicadas se vuelven muy negras, con una expresión de astucia y después de odio.

–Estabas enchufado, ¿eh? No has hecho la guerra.

Antoine remueve su café, deja cuidadosamente la cucharilla en el plato, bebe y pregunta:

–¿Le interesa esto?

–Me da asco –responde el vagabundo alzando la voz.

Alrededor de los dos hombres cesan las conversaciones. Antoine se dirige a la estanquera y compra cigarrillos.

–Yo fui herido en el pie –dice con voz fuerte el rufián.

–No sabe cuánto lo siento –responde Antoine mientras paga sus cigarrillos.

La estancuera se inclina hacia él:

–Le conocemos. Es inaguantable. ¿Quiere que lo haga echar por el camarero?

Antoine sonríe y echa dos billetes de diez francos sobre el mostrador.

–Sírvale una botella de champaña. Será un sistema mejor para ponerlo de buen humor.

Después, sin mirar a su imprevisto interlocutor, Antoine se dirige hacia la puerta.

–¡Puerco! –grita fuera de sí el ex combatiente.

Pero es demasiado tarde. Con un tintineo de campanillas la puerta vidriera se ha cerrado detrás de Antoine, que casi nunca lleva su roseta de la Legión de Honor, ganada en la campaña de Libia, donde fue gravemente herido.

En el bulevar de Montparnasse se encienden las luces de los escaparates. Antoine compra unos periódicos en un quiosko. Sin prisa, vuelve al coche.

Falta una hora para la cena, pero le gusta la soledad y prefiere leer solo en el coche a estar sentado en la terraza de un café.

Da la luz del techo, enciende un cigarrillo y desdobra los periódicos. En un semanario ve unas fotos de su mujer, tomadas durante la conferencia de prensa del día anterior, antes de su marcha.

Se siente cansado, inmerso de nuevo en la condición de marido de actriz célebre, que es un poco famosa, que es un poco ridícula y, al final, decepcionante.

Tira los periódicos al suelo del coche, pone a éste en marcha y se dirige hacia los Campos Elíseos.

Albert la Trémoille, uno de sus productores, lo ha invitado a cenar en un restaurante de moda.

A través de las ventanas, puede verse a la gente haciendo cola en la acera de enfrente para asistir a la última película de Antoine, producida por Albert, *Le désert est au*

sud, que se estrenó hace varios meses y aún sigue proyectándose. Llega Albert, calvo, bajito y elegante, apresurado como de costumbre. Sin embargo, su prisa no está justificada.

En este marco de lujo, de manteles almidonados y de cristales, numerosos camareros, con porte de académicos, se afanan en torno a los dos hombres.

Es tarde cuando Albert y Antoine abandonan el restaurante. Es una de esas noches suaves, tranquilas y hermosas, en las que no se tiene sueño. Uno siente aflorar los recuerdos, pero no se evocan por pereza.

Albert sugiere que pasen por su casa a buscar unos papeles que ha olvidado.

Los dos coches, uno detrás de otro, se dirigen hacia Neuilly.

Albert es soltero. Cuando entra en su piso, tan poco personal que parece un apartamento de hotel, se quita la americana y se sube las mangas de la camisa para tomar un cierto aire de artista. Un poco de desorden convence a veces a los hombres de negocios de que también tienen talento.

Antoine, que es un artista, no se desprende de su bien ajustada americana oscura y su corbata de punto negra sobre una camisa blanca.

Mientras bebe el *whisky* que Albert acaba de servirle, se pregunta si esa paz total por la que se siente invadido, no significa simplemente que envejece.

Se levanta para despedirse. Albert le pregunta si tiene algún proyecto y Antoine contesta que él sueña en una película sobre Gilles de Rais.

—¿Quién? ¿Barba Azul? ¿Y la censura?

Pero Albert, a pesar de su sorpresa, reflexiona, pues ya no hay productores capaces de oír hablar con serenidad de un tema nuevo. Se dejan llevar siempre por la codicia. Albert imagina las preguntas que atormentan a los productores y que ellos consideran como temas capitales de

la creación: ¿A qué distribuidor dirigirse para financiarlo?
¿Qué estrella se podría buscar?

–Si entro en el juego –dice al azar– correría un gran riesgo.

–Tiene usted razón, Albert. Compre acciones de la Seguridad social.

Albert se da cuenta que Antoine no insistirá para interesarle en este proyecto y cree que el realizador tiene otro productor a la vista. Sencillamente, Antoine se siente fatalista y cansado.

De pronto, Albert, que se habría negado si le hubieran insistido para tomar parte en este negocio, no puede soportar la idea de ver a Antoine regresar solo a París con su argumento debajo del brazo.

–Envíeme una sinopsis –sugiere tímidamente.

A Antoine no le interesa. Su trabajo no está todavía lo bastante avanzado como para poder resumirlo. De todos modos, puede enviar unas anotaciones sobre lo que se conoce del personaje.

Una vez encontrada la solución, Antoine deja su vaso vacío y Albert lo acompaña hasta la puerta.

Sin darse cuenta, Albert ha cogido su pipa apagada de encima de la mesa. La palpa, se pasa la cazoleta de una mano a la otra, y se acaricia la nariz con la boquilla. Parece como si pensara, pero en realidad, más modestamente, sólo se inquieta.

2

ANTOINE ALBONI

Nota sobre un personaje.

En 1404, la Guerra de los Cien Años dura desde hace ya varias generaciones.

Ningún francés ha conocido la paz durante su vida.

Se dice que ninguna casa está intacta desde Bretaña a Lorena, excepto en las ciudades.

Entonces, nace Gilles de Rais en la Torre negra del castillo de Champtocé, en Anjou.

Su padre, Guy de Laval, muere, en 1415, en un accidente de caza, y más tarde su tío, Amaury de Craon, en la batalla de Azincourt. A los once años, Gilles se encuentra solo, dueño de una fortuna y de inmensas propiedades que van de Poitou al Océano.

Su madre se casa otra vez. No se hablará más de ella.

Gilles de Rais, a los dieciséis años, toma las armas por primera vez, al servicio del duque de Bretaña, bajo la tutela complaciente y un poco deplorable de su abuelo, Jean de Craon.

Este noble de Bretaña, más modesto que el famoso duque de Borgoña, Felipe el Bueno, une alternativamente su causa a la de los ingleses que ocupan la mitad norte de Francia, incluido París; o a la del delfín, el futuro Carlos VII –Carlos VI, rey loco, no morirá hasta 1422– que vaga, des-

provisto de dinero y de poder, de una plaza a otra del Loira.

Gilles de Rais hace pronto una entrada sonada en la Corte, prestando dinero y organizando torneos.

Toma el mando de la guerra por la causa de Francia, y el éxito lo acompaña.

En 1429, Juana de Arco llega a Chinon. Gilles de Rais está allí. Manda el cortejo que conduce a la Doncella a Poitiers para presentarse al tribunal de los doctores de la fe. Poco después, el Consejo del rey cree conveniente confiar a Rais el mando de la expedición que debe libertar Orleans, y cuyo portaestandarte habrá de ser Juana de Arco. Ésta aprueba el nombramiento. Orleans es libertada en cuatro días.

Entonces, los capitanes, Juana y Rais, abren el camino de Reims, venciendo a los ingleses en todos los combates, en Beaugency, en Patay, y toman las ciudades rebeldes del recorrido, Troyes y las restantes.

Reims es el escenario del triunfo. Rais, que va a ser nombrado, a los veintiséis años, mariscal de Francia, escolta a caballo, con el estandarte en la mano, según el ritual, el vaso del Santo Crisma de la consagración hasta el altar de la catedral, en compañía de los otros tres más altos dignatarios militares del reino.

Solamente él, con Juana de Arco, recibe el privilegio de añadir a sus blasones las flores de lis reales sobre campo de azur.

Lo sublime toca a su fin. Ya no se siguen las instrucciones de Juana de Arco. Negociaciones complejas, en las que la prudencia se mezcla con la traición, hacen fracasar el ataque a París. En el combate, Juana es herida. A su lado estaba Rais, al que había querido tener cerca de ella en aquella peligrosa circunstancia.

Se separan. El rey envía su ejército al sur del Loira.

Juana de Arco es hecha prisionera en Compiègne. Se pierde el rastro de Rais. En el invierno de 1431, mientras

se celebra el abominable proceso de Ruan, él se encuentra en Normandía, acampado con La Hire en las ruinas de Louviers.

¿Quiso liberar a Juana de Arco por la fuerza de las armas? No es improbable.

Ella muere en la hoguera, abandonada de todos y de su rey.

Carlos VII aún confía algunas misiones a Gilles de Rais. Pero su entusiasmo ha desaparecido. El mariscal se ha convertido en un cruel y banal mercenario que pronto renuncia. Se retira a sus tierras sin dar explicaciones, sin llevar siquiera a cabo la última misión que le había sido encomendada.

En 1432 muere su abuelo, Jean de Craon. Su herencia acrecienta aún más la fortuna de Gilles, colosal a partir de este momento, ya que le produce cerca de mil millones de francos viejos de renta anual.

Como un río que corre hacia el mar, esta fortuna va a perderse en pocos años en formidables disipaciones. Rais mantiene un grupo de artistas, una compañía de cómicos, un ejército personal de doscientos hombres y una agrupación coral.

Organiza grandes espectáculos, durante los cuales la ciudad en que se instalan se alimenta a sus expensas.

Por la noche se acuesta con muchachos y después los mata.

A otros los tortura.

Consagra su capilla a los Santos Inocentes.

La trampa que le tiende la sociedad se cierra a su alrededor. Antes de ofrecer algunos de sus castillos en garantía de cuantiosos préstamos, tiene que trasladar, de noche, los osarios que están escondidos en los mismos, y cuyo descubrimiento le perdería.

Se dedica a la alquimia, a la magia, a la evocación de los demonios.

Casi arruinado, comete una imprudencia decisiva: se toma la justicia por su propia mano recobrando, por las armas, uno de los castillos que le han comprado a bajo precio.

Es el día de Pentecostés. El comprador asiste a la Santa Misa. En la misma iglesia los soldados se apoderan de él.

En Nantes, con este pretexto, el obispo abre un expediente contra Rais y recoge testimonios de los padres de niños desaparecidos.

Obtiene del duque de Bretaña la orden de arresto del mariscal.

Éste, sin defenderse, se entrega.

Juzgado por gente de su mismo mundo, que se han aprovechado más o menos de él y, no es exagerado decirlo, de esta personalidad de contradicciones tremendas, de su bondad, Gilles recusa el juicio.

Pero, después de su excomunión, pierde en seguida su sangre fría.

Al poco tiempo confiesa la verdad.

Es espantoso: ¿cuántos niños ha matado? En los primeros atestados figuran ciento cuarenta. Se han comprobado ochocientas desapariciones. Gilles y los suyos habían quemado la mayoría de los cuerpos.

Ante este abismo, se hace el silencio. De la multitud no sale una palabra, ni un insulto, ni un grito.

Después de su confesión pública, Rais pide al pueblo que rece por él. Será colgado y quemado el día siguiente. Durante toda la noche, en las iglesias de Nantes, en medio del reflejo de los cirios, la muchedumbre, fuera de sí, reza por su alma.

Y por la mañana, un cortejo constituido por toda la población de la ciudad escolta al patíbulo a este hombre que no quiso justificarse, pero que, con devoción, casi en olor de santidad, exhortó a bien morir a sus dos compañeros de honor condenados con él Pudo, desde el patíbulo, en un segundo sofocante, contemplar a sus pies, a través de

las llamas, a la multitud de los padres de aquellos que él llevó al suplicio y que le habían perdonado.

Nunca dudó de su salvación.

El texto del proceso ha sido conservado. Habló poco y desapareció en medio de un laconismo agobiante.

La iglesia del Carmen de Nantes, donde fue enterrado su cuerpo medio consumido, fue profanada durante la Revolución francesa.

Los restos de Gilles de Rais fueron dispersados con los demás.

Sólo quedan algunos castillos, simples ruinas cubiertas de yedra, que se alzan junto a los ríos.

Hace algunos lustros todavía a veces se encontraban huesos, si se cavaba la tierra.